

Hacia una nueva museología de y para la mujer

• JOAN SANTACANA MESTRE

Arqueólogo, doctor en pedagogía y profesor titular del Departamento de Didáctica de las Ciencias Sociales en la Universidad de Barcelona. Junto con Francesc Xavier Hernández Cardona, es miembro fundador del taller de proyectos de museografía Didpatri, que actualmente codirige. Asimismo, es director del máster Museografía Interactiva y Didáctica de la Universidad Virtual de Barcelona.

• NAYRA LLONCH MOLINA

Licenciada en humanidades y doctora en didáctica de las ciencias sociales, además de máster en turismo; actualmente es profesora del CETT-UB y de la Universidad de Lleida, es también miembro del grupo de investigación Didpatri de la Universidad de Barcelona.

RESUMEN. El artículo trata de la necesidad de desarrollar una museología basada en la mujer como eje estructurante. Las particulares características de la mujer justifican el tratamiento monográfico del tema, según una estructura de base antropológica. Los componentes de esta museología deberían ser el dimorfismo sexual, la cosmovisión femenina, la sexualidad y las ideologías de género.

PALABRAS CLAVE: género, museología de género, mujeres, antropología de género.

ABSTRACT. This article deals with the need to develop a museology based on women as core theme. Women's particularities are important enough to be treated in a museum monographically from an anthropological approach. The main outlines of this new museology should be sexual dimorphism, the feminine conception of the world, sexuality and gender ideologies.

KEYWORDS: gender, museology of gender, women, anthropology of gender.

Una pregunta de difícil respuesta

Hay museos de casi todo: existen museos dedicados al viento, a las rocas, a las aves, a las máquinas, a la guerra, a la historia, al ordenador y a un sinnúmero de temas. Con buscar en la red cualquier tipo de museo, es fácil hallar muchos ejemplos en cualquier parte del mundo. Sin embargo, no hay muchos museos dedicados a la mujer como tema monográfico. Los museos monográficos o temáticos responden a la necesidad de mostrar los elementos específicos del tema objeto de análisis. Así, en los museos de la guerra, esta es afrontada desde ángulos muy diversos, dada la necesidad que tenemos los humanos de comprender el porqué de estas explosiones brutales de violencia; en los museos monográficos sobre coches o

sobre motos se presentan al público los modelos de vehículos, sus características, las circunstancias de su origen y diseño, etcétera. ¿Cómo es posible que la mujer, como tema monográfico y no como complemento, no haya dado pie a una legión de museos? ¿No hay nada específico que contar sobre la mujer?

Museos dedicados al hombre hay muchos; desde el más famoso de todos, en el Trocadero parisino, hasta La Domus. Museo del Hombre, de La Coruña, pasando por un gran número de pequeños museos dedicados a los más variados tipos de hombre.

Superada la sorpresa inicial de la práctica inexistencia de este tipo de museos, no resulta difícil suponer las razones de esta ausencia: son las

mismas que explican que la historia se hizo sin mujeres e idénticas a las razones por las cuales el arte ha sido cosa de hombres.

El escaso tratamiento museológico del género

El tratamiento del género en la museología es todavía una cuestión pendiente y urge plantear el problema, ya que esta ausencia es tan grave porque precisamente no es percibida como tal problema. Es por ello por lo que querríamos plantear cómo debería afrontar la museología actual el tema del género y en especial, el de «lo femenino».

Es evidente que el planteamiento podría tener muchísimas variantes y enfoques, pero lo que importa en el discurso museológico son las preguntas que es necesario hacer desde el museo. Margaret Mead, en 1949, se interrogaba al respecto:

¿Qué piensan los hombres y mujeres acerca de su masculinidad y feminidad en este siglo xx, en el que muchas de nuestras viejas ideas deben ser revisadas? ¿Hemos sobredomesticado a los hombres, negando su naturaleza aventurera, atándolos a las máquinas, que, después de todo, no son más que una versión glorificada de los husos, telares, morteros, manos de almirez y azadones, todos los cuales fueron una vez utensilios de trabajo femenino? ¿Hemos roto la intimidad natural de las mujeres con hijos, incitándolas a buscar un trabajo en lugar del contacto con la mano de un niño, un estatus en un mundo competitivo más que un lugar único en un cálido hogar? Al educar a las mujeres como a los hombres, ¿hemos hecho algo desastroso tanto para los hombres como para las mujeres, o solo hemos dado un paso adelante en la incesante tarea de desarrollar y mejorar nuestra naturaleza humana original?¹

¿Qué cuestiones debería abordar una museología para la mujer?

Estas eran las cuestiones que se planteaba a mitad del siglo pasado la ilustre antropóloga norteamericana. El museo no podría aspirar a tratar más que superficialmente quizá estos temas tan fundamentales de la sociedad, pero debería intentar plantear un conocimiento más preciso y más riguroso de cómo las diferencias y las semejanzas biológicas entre ambos sexos han sido siempre la base sobre la cual se ha estructurado todo el sis-

tema de aprendizaje sobre las relaciones de un sexo con el otro. Es preciso descubrir y analizar cómo han aprendido nuestros cuerpos a ser hembras o a ser machos a lo largo no solo de toda la vida, sino de toda la historia. Es siguiendo los pasos mediante los cuales las niñas se dan cuenta de que pertenecen a un sexo como podemos conocer el proceso mediante el cual llegarán a ser mujeres.

Un museo sobre la mujer debería plantear también la peculiar visión que en cada parte del mundo tienen las mujeres de las cosas, acercándonos a estas diversas visiones con el fin de hallar material con el cual investigar el comportamiento humano y encontrar la clave sobre nuestro propio comportamiento; en definitiva, se trata de hallar variaciones en la visión del mundo y de las cosas, variaciones en el comportamiento de las mujeres para explorar las posibilidades existentes, que, sin conocer la diversidad, no nos atreveríamos ni tan siquiera a imaginar o a pensar.

También es preciso abordar en un museo que quisiera tratar el tema de la mujer la complejidad de las visiones sobre la reproducción humana. Naturalmente, esta visión es siempre cultural; aquellas mujeres que vivan en las ciudades de nuestro mundo occidental, en donde parir hijos puede convertirse en un lujo caro, tienen la certeza, compartida por sus parejas, de que quedarse embarazadas es el resultado casi automático de no tomar precauciones previas. Y, a pesar de que la fertilidad descende, esta percepción presenta la reproducción como un resultado inevitable de una relación sexual no controlada. Estas actitudes de muchas mujeres de nuestro entorno son comprensibles, pero son parciales, ya que, en otras latitudes, las mujeres se enfrentan con un doble problema: cómo engendrar y criar un número suficiente de hijos y cómo no engendrar y criar demasiados. Lo que realmente varía de una sociedad a otra son las palabras *suficiente* y *demasiados*. Cuando la fecundidad es una amenaza, las mujeres tienden a considerar que el embarazo es algo inevitable en toda relación sexual, mientras que en otras sociedades la preocupación de las mujeres es que la tasa de reproducción caiga tanto que la sociedad corra el riesgo de desaparecer. Detrás de estas variaciones en la natalidad puede haber muchos factores, algunos de ellos difíciles de entender, aun cuando a menudo se relacionan, en el fondo, con la voluntad o el rechazo de criar hijos, incrustada en el cerebro de las mujeres de cada cultura, según las circunstancias en las que les ha tocado vivir. Cuando

¹ Margaret Mead: *Masculino y femenino*, Madrid: Minerva, 1994, p. 15.

la cultura estimula la voluntad de criar muchos hijos, las mujeres que se resisten se ven a sí mismas como hembras anómalas, y al contrario.

Finalmente, hay otro factor que es fundamental tratar en el guión museológico que pretenda hacer de la mujer el eje del discurso: nos referimos a la sexualidad, por cuanto el acto sexual femenino puede diferir extraordinariamente del masculino. En efecto, es bien sabido que en la mayoría de culturas, incluida la nuestra, el acto sexual masculino es de satisfacción inmediata, casi autosatisfactorio, mientras que el acto sexual femenino es más complejo y casi nunca suele ser una simple experiencia copulatoria; además, en muchas culturas el acto sexual femenino conlleva un ciclo completo de embarazo, parto y lactancia. Estas diferencias son importantes y constituyen otro rasgo altamente significativo de «lo femenino».

Naturalmente, la biología de las mujeres debe ser vista no como un conjunto de limitaciones de su organismo, sino más bien como una amplia base sobre la cual se puede construir toda una gran variedad de estructuras culturales. Hoy existe ya un grande y creciente número de investigaciones feministas en el campo de la antropología cultural que permiten suministrar los contenidos para una museología de la mujer.² Es gracias a ellas como vemos que los roles de género son muy diversos en función del entorno económico y social o según el grado de complejidad de la cultura.

Las diferentes culturas asignan a cada sexo unas tareas y actividades; en función de ello, surgen unas ideas simplificadas pero fuertemente asumidas sobre lo que se considera propio de mujeres o de varones. Esto, que no es otra cosa que los estereotipos de género, justifica una distribución desigual y en absoluto equitativa de «recompensas» entre hombres y mujeres; estas recompensas pueden ser poder, prestigio, libertad personal, cargas de trabajo, recursos, etcétera, que, en realidad, constituyen el reflejo de una jerarquía social en la que la mujer suele ocupar normalmente escalones inferiores con respecto a los varones.³

² Son importantes los trabajos de M. di Leonardo (ed.): *Toward a New Anthropology of Gender* Berkeley: Univesity of California Press, 1990. También los de J. Nash y H. Safa (eds.): *Women and change in Latin America*, South Hadley (MA): Bergin and Garvey.

³ Conrad Phillip Kottak: *Antropología. Una exploración de la diversidad humana con temas de la cultura hispana*, Madrid: McGraw Hill, 2002, pp. 313-330.

Estos roles de género y la estratificación que se deriva de ellos no solo varían en función del contexto geográfico y socioeconómico, sino que también han variado a través del tiempo; es decir, cambian continuamente, y puede afirmarse que no se mantienen eternamente en ninguna sociedad conocida.

Musealizar las ideologías de género

Otro de los asuntos importantes que debería ser tratado en un hipotético museo de la mujer son las ideologías vinculadas al género. Históricamente, en la mayoría de sociedades los hombres han pensando y siguen pensando que son superiores a las mujeres, no solo a causa de su estructura física más potente, sino, sobre todo, espiritualmente; al mismo tiempo, la ideología dominante en la mayoría de culturas es que las mujeres son seres peligrosos, contaminantes, volubles, indignos de confianza a causa de su doblez y de su perversidad. La mayoría de ideologías de género consideran que el principio masculino es superior al femenino y, cuando existe un dios creador, este es de género masculino, se trata de «él», y aun cuando pueden admitir deidades o personajes femeninos, estas siempre tienen un papel secundario o subordinado.

Estas ideologías de género, en sus mitos de origen, también parten de la creencia de que los hombres fueron creados con anterioridad a las mujeres y, a menudo, fueron creadas a partir de una «pieza» del hombre.

Naturalmente, frente a estas ideologías de género dominantes, de base masculina y patriarcal, las mujeres también han desarrollado sus propias ideologías en muchas culturas, pero no siempre han sido recopiladas y sistematizadas. Algunos antropólogos incluso creen que en muchas sociedades las mujeres rechazan y reinterpretan de forma diferente los mitos masculinos sobre su preeminencia.⁴

Ello revela la relatividad de las ideologías de género de mujeres y hombres, pero lo que sí es cierto es que, cuando estas ideologías confieren ventajas al rol masculino sobre el femenino, estas quedan privadas de muchas ventajas y a menudo sometidas.

Una de las consecuencias de las ideologías de género que provocan desventajas para las mujeres es que, como afirma Bohannan,⁵ las hembras

⁴ Mar Harris: *Introducción a la antropología general*, Madrid: Alianza, 1996 (1.ª ed., 1981), pp. 462-463.

⁵ Paul Bohannan: *Para raros, nosotros. Introducción a la antropología cultural*, Madrid: Akal, 1996, p. 60.

suelen ser en casi todas las culturas un «género de respaldo»; ello significa que, cuando nadie hace un trabajo, lo hacen las mujeres, y esta posición suele ir implícita con la propia cultura dominante. En realidad, cuando esto ocurre, quiere decir que las mujeres tienen pocas elecciones sobre el trabajo, ya que deben ayudar a la manutención del grupo familiar, sustituyen a los hombres cuando estos no pueden hacer una determinada tarea, además de comportarse como madres, esposas o amantes.

A modo de conclusiones

Ciertamente, el desarrollo de una museología que centrara su atención en las mujeres debería tratar otros muchos asuntos, tales como los que relacionan el sexo y el poder, así como los cambios que en este siglo XXI se están produciendo en determinadas latitudes del mundo en las prácticas sexuales y reproductivas, en las estructuras familiares y en los papeles de los géneros. Por ello, hoy tanto mujeres como hombres podemos desembarazarnos de los estereotipos de género y ajustar nuestra cultura y aplicar nuestra capacidad para lograr una relación entre sexos más justa. Esta también debería ser la tarea de la nueva museología.